

NAPOLÉS Y SU GOLFO.—RIVALIDAD HERÓICA.



Vista de Nápoles.

Desde Cápua, Aversa y la aldea de *Capo di Ūhino*, entramos en Nápoles por la puerta Foria, la plaza de *le Pigre* y la calle de Toledo. Nada es comparable al ruido infernal que allí promueve la multitud de gente que transita por

ella. Hay en otras muchas de varias ciudades de Europa tanta ó mayor concurrencia, pero en ninguna se halla el forastero, sea quien fuere, aturdido como en esta por las voces y tumulto que le rodea por todas partes. Pasada

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 10.

esta calle comienza la gritería á disminuir, las casas son mas bajas y se penetra en una poblacion mas clara, que da principio en la plaza del Palacio Real. Siguiendo por el muelle del Gigante, se descubre á poco rato la gran bahía de Nápoles, el Vesubio, la costa de Sorrento y la isla de Capri. En el muelle de Santa Lucia, plaza Victoria y ribera de Chiaia se hallan la mayor parte de los hoteles y casas de hospedaje, de consiguiente allí se alojan todos los extranjeros, para quienes nada seria Nápoles sin su golfo.

Dejemos á un lado las tretas é importunidades de los *facchini* para sacar algunos carlinos al recién llegado á cambio de humillantes trapacerías.

Nada mejor indica lo delicioso de este país, que las ingeniosas alegorias inventadas por los poetas acerca de los peligros á que se aventuraba sin remedio el osado navegante que se atreviese á surcar sus aguas. Héroe de la raza de los inmortales ó desconocido mercader, quedaba preso en los lazos de Partenope desde el momento que pasaba el estrecho de Capri. Las sirenas le hacían olvidar con sus hechizos el objeto que se proponía. ¿Qué le importaban al guerrero sus marciales empresas, ni al comerciante sus negocios? Perdida la razón entre las delicias del amor y la música perecían de hambre sin dar lugar al entendimiento para desvanecer los encantos de aquellas pérfidas hermanas.

El sagaz y prudente Ulises, desconfiando de su propia cordura, hizo atar al palo mayor de su nave para atravesar estas aguas, tapando antes con cera los oídos de sus compañeros. Entonces las sirenas desesperadas al ver se les escapaba tan ilustre víctima, se precipitaron en el mar, donde fueron convertidas en escollos. Todos los comentaristas de Homero alaban esta sabia precaución; pero no falta quien suponga que las engañadoras ninfas no serían otra cosa que bellas cortesanas, dignas alumnas de la filosofía sibarita, cuyos halagos entretenían á los viajeros haciéndoles faltar á sus mas precisas obligaciones.

Según Estrabon, fué poblado Nápoles por una colonia de los antiguos griegos, á quienes tanto aborrecía Juvenal, que dieron á la nueva ciudad el nombre de Neápolis. Está situada en el centro de una bahía y forma con sus alrededores un punto de vista cuya magnificencia es imposible describir. Al contemplar todo el conjunto de este brillante panorama, que presenta por un lado el mar y las islas Ischia y de Capri, y por otro las ricas y alegres campiñas en donde se levanta el humeante cráter del Vesubio puede exclamarse con el napolitano: «*Veder Napoli é poi morire!*» ¡Ver á Nápoles y tener que morir! Una multitud bulliciosa anima los malecones, las plazas y sobre todo la calle de Toledo, en la cual, especialmente los domingos es preciso empujarse y fatigarse para avanzar un paso en medio de los vendedores y muestras de las tiendas, mientras que una infinidad de carruajes con los ejes dorados vuelan y se cruzan en todas direcciones.

De los cinco arrabales de esta capital el mas hermoso es el de Chiaia, punto de reunión de la sociedad elegante, que allí concurre á pié ó con objeto de lucir sus trenes. A escepcion de la plaza del Palacio Real todas las demás son pequeñas y la mayor parte de las calles oscuras, empedradas con la negruzca lava del Vesubio. El mas notable de los teatros es el de San Carlos, que comunica con la residencia del rey, edificio moderno y de buen gusto, una parte del cual fué devorada por el fuego el 6 de febrero de 1837.

La catedral lleva los nombres de *Vescovado* y *San Ge*

naro, objeto de gran veneración para el pueblo y cuya sangre conservada en dos pequeñas redomas, escita la tristeza ó alegría de la multitud cuando se liquida ó permanece coagulada el 19 de setiembre, día de la fiesta del patrono: la iglesia, de arquitectura gótica, posee un vaso antiguo que sirve de pila bautismal, el sepulcro de Carlos de Anjou y el del rey Andrés, esposo y víctima, según se dice, de la célebre Juana.

Al llegar á este punto dando de mano á descripciones conocidas para el mayor número, hemos de referir un hecho singular, ignorado para todos y en relación con nuestra historia.

Asombrado el reino de Nápoles al saber la completa destrucción del ejército francés en Ceriñola, dábanse prisa las ciudades á franquear sus puertas al vencedor, de buen grado las unas y queriendo las otras atraerse la benevolencia de un enemigo poderoso é invencible. No quiso la capital ser de las últimas en demostrar sus buenas disposiciones en favor de los españoles, y nombrando comisionados con amplias facultades, pasaron á tratar de la entrega con el Gran Capitán, que otorgándoles la conservación de sus antiguos privilegios, señaló el día 16 de mayo de 1503 para verificar su entrada solemne en la codiciada Partenope.

Fuera de las murallas esperaba una lucida diputación compuesta de las personas mas notables, conduciendo un recamado palio, cobijado á cuya sombra penetró Gonzalo de Córdoba por las calles alfombradas de flores y cuajadas de un pueblo inmenso que ensordecía los aires á fuerza de vítores y aclamaciones á los tercios castellanos y su caudillo. ¡Pueblo versátil, de mudable condición, que tuvo aplausos en el espacio de poco mas de ocho años para siete monarcas diferentes!

En una de las paradas á que obligaban los obstáculos naturales en tan largo desfile, dispuso la casualidad que la compañía donde militaba el alférez Alvaro de Zúñiga, hiciese alto al par de una linda muchacha á la que siguiendo la costumbre inmemorial (no diremos conveniente) propia de la nativa galantería española, tributó el joven soldado frases de alabanza lisonjera, que fueron escuchadas con esquivo tranquilidad. Por olvidados debieron tenerse el desden y los requiebros al ver á los tercios seguir su marcha interrumpida y separarse la dama y el galán con la misma indiferencia que se encontraron; mas en otro segundo descanso, admirado Zúñiga de hallarse de nuevo á la inmediación de la ingrata napolitana, reiteró con doble calor sus halagueñas solicitudes, alcanzando en espacio breve una cita para dentro de cinco noches en la casa y cuarto de la niña.

Generalmente las conquistas rápidas, tanto en amores como en el arte militar, ó son de cosa baladí ó llevan la inseguridad consigo; razón por la cual no debió don Alvaro regocijarse al ver llegada la hora dichosa, embellecida con la esperanza de apurar la copa de azucarados bordes y amarguísimo fondo, que la diosa del placer ofrece á sus adeptos, cuando ciegos por el deseo confunden los impulsos de su loco apetito con las tiernas afecciones de un corazón amante.

Pero evitando predicar en desierto sigamos á nuestro compatriota hasta el edificio donde habitaba Teresina, que así se llamaba la muchacha. La puerta entornada, sola y oscura la escalera, ningún inconveniente se le opuso para llegar hasta el propio cuarto objeto de su deseo, donde autorizado con la conducta liviana de la fácil belleza, quiso

traducir en obras la pasión que sus palabras habían espedido á la luz del día.

—¡Infeliz! prorumpió la joven deteniendo su mano y dando suelta á las lágrimas; ven, corre ligero, sino quieres morir dentro de un momento. Mi familia es partidaria de la dominación francesa; obligada por ella admiti los obsequios que al principio rechacé, para atraerte á este sitio y asesinarte con seguridad. ¡Tal odio les anima contra los españoles! Pero soy incapaz de prestarme á ser instrumento de semejante infamia. Un solo recurso nos ofrece la fortuna. ¿Ves esa cuerda atada desde los hierros de este balcón al de la casa de enfrente? Allí se oculta un caballero francés con su esposa; la conté hace poco el compromiso en que me hallaba y se presta con gusto á evitar una alevosía.

Acercóse Zúñiga á la barandilla y vió la calle angosta, lóbrega, y debajo la inmensidad profunda, pues la vista no descubría el piso. En vano quiso contener un movimiento de horror y se hizo atrás exclamando:

—Por ahí no; imposible: volveré por donde acabo de llegar abriéndome paso con la punta de la espada.

—¡Ah! loco, dijo Teresina, ¿juzgas que si quedase algun otro medio hubiera dejado de indicártelo? Atrévete á salir de esta pieza y la cuadrilla de hombres armados que vigila sus umbrales te hará pedazos antes de que pienses en defenderte; otros van á llegar al punto: aquí perecerás ignorado si tardas en adoptar el arbitrio que te propongo.

La situación era desesperada y mortal la incertidumbre. Comprendiéndolo así se aventuró don Alvaro á intentar el arriesgado tránsito, pues muriendo al atravesarle privaría á sus enemigos de la satisfacción que les causara derramar la sangre de un soldado del Gran Capitán.

Afianzando alternativamente una y otra mano en la cuerda salvadora, pudo al cabo de pocos avances cruzar á la otra parte antes de que le abandonase la serenidad y fuerza necesarias para no desmayar bamboleándose sobre el abismo.

La esposa de Mr. la Motte le recibió con generosa benevolencia, y no bien se contaba por seguro bajo el amparo de señora tan distinguida, cuando una explosión lejana estremeció toda la ciudad, al mismo tiempo que se vió reflejar en los aires un rojo y fatídico resplandor. Tristes gemidos se oyeron por todas partes, voces, maldiciones de hombres desesperados, gritos de alarma, en fin, cuantas señales indican algun suceso extraordinario, vinieron á poner término á la tranquilidad de la noche. A poco rato una turba de gente popular se detuvo delante de la casa donde Zúñiga se ocultaba. —Muera el castellano: clamaban con infernal vocerío, echemos abajo la puerta y entraremos á buscarle. —Eran los parientes de Teresina que viéndose burlados alborotaron el barrio tratando de averiguar como se les había escapado su presa, y no faltó quien les indicara la estratagemá á que debió su salvación. Fué preciso franquearles el paso, sopena de irritar su furor con la negativa, esponiéndose á mayores desmanes, dejándoles escudriñar salas y aposentos hasta poner el pié en la misma alcoba de la dama donde don Alvaro había llegado retirándose de cuarto en cuarto.

—Dejadme, señora; decia desvainando el acero oyendo á su protectora, aunque insultada por la canalla, decirle que se hallaba dispuesta á sacrificar su persona en obsequio de las leyes de la hospitalidad, dejadme castigar á esos malsines vendiéndoles mi vida mucho mas cara de lo que ella vale: retiraos, porque mil muertes arrostraría primero que ocasionaros el menor disgusto.

Pero inútil competencia de generoso pundonor! tal vez entrambos hubieran sucumbido á manos de la enfurecida plebe á no abrirse de improviso la puerta de cierto secreto camarín dando salida á un caballero que atajó el camino á la feroz muchedumbre diciéndola con severo acento.

—¿Es así como los buenos vasallos de Luis XII defienden sus derechos? ¿Tratais de acrisolar vuestra fidelidad asaltando la posada de sus leales capitanes mientras estos pelean por recobrar lo perdido?

—Aquí se oculta un español y venimos á buscarle, contestó uno de los cabecillas del motín.

—Fuera mejor que los buscáseis al pié de los muros del Castillo Nuevo, y no junto al lecho de una recatada señora, donde los suponéis ocultos con mengua de su honestidad. Pero en aquel sitio es fácil encontrar un arcabuzazo como el que ha herido mi frente, y juzgais á no dudarlo menos espuesto destrozar el menaje en ausencia de los que se lanzan á combatir, aunque al retirarse del campo de batalla carezcan hasta de lienzo para restañar sus heridas.

—No somos ladrones, por vida del diablo, exclamó el que había hablado primero.

—Si no acudis inmediatamente en auxilio de las tropas anejinas, á quienes el enemigo tiene reducidas al mayor extremo, ese nombre os daré siempre yo, Mr. de la Motte, capitán de S. M. el rey, á quien daré cuenta de vuestra infame conducta despues de proclamarla á la faz del universo.

La firmeza de aquel guerrero aparecido como por ensalmo con la cabeza cubierta de un ensangrentado vendaje, su conocida reputación y el aspecto noble que revelaban sus ademanes, impusieron á los forajidos, en términos que retirándose los que pudieron hacerlo á la desbandada, dejaron á los mas tenaces sin otro medio que abandonar la casa bajo pretexto de marchar á batirse con los soldados de Gonzalo de Córdoba, cosa que se guardaron muy bien de hacer.

Cuando quedó la sala desocupada acercóse la Motte á una cortina tras de la cual se ocultaba don Alvaro y dijo con templada voz:

—Salid, caballero: estais seguro bajo la salvaguardia de un gentil-hombre.

Pesentóse Zúñiga y queriendo disculpar su estancia en semejante sitio

—Tened el labio, le interrumpió el capitán, nada ignoro: siempre tuve á mi esposa por la digna compañera de un soldado francés, pero jamás pude imaginar llegase á escudarme en asuntos de pundonor. Ahora escuchad con atención, pues el tiempo falta y las fuerzas no me sobran. Esta noche han asaltado los vuestros el Castillo Nuevo: una mina preparada por el ingenioso Pedro Navarro, abriendo estensa brecha, proporcionó la entrada á los españoles que, precedidos del Gran Capitán, todo lo han llevado á sangre y fuego. A los primeros tiros salí de mi casa donde me hallaba oculto, y organizando de prisa algunos grupos de paisanos, quise ayudar á los míos atacando la retaguardia enemiga. Pero la gente allegadiza que mandaba se dió á la fuga y fui herido teniendo que retirarme. Ya conocéis mi situación. Del poder de vuestros compatriotas pasaria á manos del verdugo si averiguasen mi paradero. Nada mas debo añadir á un hidalgo castellano. Dentro de poco empezará á romper el día y podreis salir con seguridad. Dios os guarde, que la fatiga y el dolor reclaman el descanso que á vos deseo.

—Quedad con bien, excelente amigo, respondió el alfé-

réz; pero antes sabed que no gozaré sosiego hasta encontrar ocasion de igualar vuestra conducta generosa.

Apenas quiso don Alvaro incorporarse á su compañía fué preso como desertor y sometido á un tribunal de guerra. Las leyes militares no eran entonces menos rigurosas que al presente, y fué condenado á muerte por haber faltado á su bandera en un dia de batalla. Sometida la causa á Gonzalo de Córdoba para su aprobacion, quiso examinar al reo, estrañando tan baja cobardia en soldado de tanta reputacion.

—¿No teneis, le preguntó, algun descargo que alegar en favor vuestro?

—Sí tengo, señor, mas no puedo presentarle sin ofensa de mi pundonor.

—¡Qué decis! Ya sabeis que puedo indultaros completamente. Confiad á mi reserva los motivos que puedan haberos obligado á faltar á vuestro deber; y si son tales que merezcan tomarse en cuenta, os ofrezco un perdon absoluto.

—Ni aun á vos puedo revelarlos, porque no me pertenecen, y como la mentira nunca se abrigó en mi seno no la encontraria si quisiera buscarla.

—Entonces nada puedo hacer por vos.

—Gracias, señor; habeis cumplido como grande y yo debo portarme cual honrado.

Cundió pronto la noticia de la sentencia pronunciada contra don Alvaro. El público cadalso se alzaba con urgencia y el delincuente preparaba su tránsito de la vida á la eternidad, como queria el infortunado Padilla que murie-



Paisanos napolitanos.

sen los valientes, en brazos de la religion, confesando sus pasadas culpas y otorgando perdon á todos sus enemigos.

En tan apuradas circunstancias llegó á sorprender al Gran Capitan la noticia de que Mr. de la Motte deseaba hablarle á solas. Tentado estuvo por mandarle arrestar desestimando su ruego, mas se contuvo y quiso aclarar por si la causa de tan atrevida resolucion.

Apenas le vió en su presencia no pudo contener la cólera.

—¿Ignorais, le dijo, que habeis incurrido en pena de muerte, por haber sublevado el pueblo de Nápoles despues de una capitulacion solemne, acometiendo á mis tropas cuando menos podian esperarlo?

—Aunque yo ninguna parte tuve en la capitulacion que

decis, contestó el capitan, conozco muy bien la suerte que me aguarda; mas antes, señor, vengo, cumpliendo con un deber de conciencia, á evitaros un pesar que amargaria el resto de vuestra vida.

Dicho esto refirió el origen y causa de la falta de don Alvaro.

—Por Dios vivo, exclamó Gonzalo de Córdoba, que si esto es verdad, ni aun en la corte de los reyes Católicos he conocido tan cumplidos caballeros como vosotros sois.

Hizo comparecer inmediatamente á Zúñiga y con facilidad se comprobaron los hechos.

—Despues de lo acontecido, añadió el adalid castellano, pienso que no satisfaria los fueros de la justicia otorgando el perdon á entrambos. Un indulto supone un crimen ante-

rior ¡pero concederle á quien es digno de premio fuera una ruindad indigna de los varones de mi solar! No tengo sobre vos autoridad alguna, Mr. de la Motte, y solo puedo recomendaros á vuestro rey, pero seguirá mi consejo como dado por un enemigo leal; mas á don Alvaro le asciendo desde luego á capitán. Mañana dispondré las cosas de manera que recibais una pública satisfaccion á presencia de los caudillos del ejército. En tanto ¿quereis atender á una súplica mia?

— ¡Nosotros, señor!

— Si: os ruego me admitais como tercero en vuestra noble amistad correspondiendo á mi afecto con un estrecho abrazo.

— —

No teniendo nada que añadir á la relacion que precede, concluiremos con algunas palabras que pudieran echarse de menos en el presente artículo.

Si ocultásemos que la numerosa clase de los *lazzaroni* ha desaparecido de Nápoles, daríamos mayor interés á nuestro escrito, pero faltariamos á la verdad. Existen solamente hombres miserables, harapientos, ignorantes y embrutecidos á la manera de los *chiffonniers* y los *boneurs* en París y los *mab* en Londres. Acaso tambien porque la miseria es mayor en la ciudad de que tratamos, abundan mas allí que en otra parte estos desgraciados. La dulzura del clima, la fertilidad del suelo, la pereza y la sobriedad propias de los climas meridionales, unidas á la facilidad de proveer á sus necesidades del momento, contribuirán por mucho tiempo á mantenerlos en su estado. Todo pais donde permita lo suave de la temperatura acostarse sobre las losas de la calle ó vivaquear en los escalones de un templo, contará infinitos individuos como los representados en el grabado que acompañamos. Bajo la influencia desapacible de las nieblas del Sena ó del Támesis, ni aun podria comprenderse la posibilidad de semejante género de vida. ¿Será esto un bien ó un mal? La economía política lanza sus anatemas contra la existencia de una poblacion que no tiene industria ni propiedad, mas ella ostentando sus bellas formas y cabezas magnificas, es mucho mas feliz que los de su condicion encerrados en los talleres ó sepultados en las minas de las primeras naciones europeas.

La época floreciente de los *lazzaroni* fué hácia fines del siglo pasado. Se contaban entonces hasta cuarenta mil de ambos sexos, que vestidos muy ligeramente vegetaban en covachas inmundas, de donde no salian mas que para tomar el sol ó trabajar algunos cortos momentos en el dia: casi todos desempeñaban el oficio bastante lucrativo y poco molesto de mandaderos, y no pocos de agregados al servicio de los principales señores de Nápoles, eran los instrumentos ciegos de sus venganzas y odios particulares. Habia tambien otra clase de *lazzaroni* que habitaban en los barrios inmediatos al mar y vivian del producto de la pesca. El traje de los primeros consistia en camisa, calzoncillos de lienzo crudo y sombrero de paja. A este arreo debian el nombre que llevaban, dado en su origen á los individuos que salian con una ropa semejante del hospital de San Lázaro. Los *lazzaroni* pescadores iban casi desnudos por lo comun. Hombres robustos y de inteligencia vivian como brutos en medio de la civilizacion. Generalmente gozaban un carácter pacifico y soportaban con indiferencia sin igual las burlas y equívocos de sus compatriotas; cualquiera los hubiera juzgado como los seres de paciencia mas ejemplar: sin embargo cuando la pasión los

arrebatava eran arrojados y hasta feroces. En varias ocasiones demostraron un ardiente amor á su patria y supieron sacrificarse por salvarla ó en obsequio de la causa á que se habian consagrado. A favor de Masaniello, *lazzaroni* tambien, se armaron cuando quiso hacer á Nápoles independiente del gobierno español. Ellos fueron de los pocos italianos que resistieron con gloria á las tropas de Championet, y posteriormente acaudillados por el cardenal Ruffo llevaron al extremo su frenesí degollando á los patriotas. Esta fué la última prueba que dieron aquellos hombres de su existencia. Los gobiernos sucesivos han procurado desde entonces despertar en ellos el deseo de conservar el producto de un trabajo metódico, y fuera injusto no conceder que sus esfuerzos han sido coronados del éxito mas lisonjero.

De consiguiente aunque los novelistas y autores de impresiones de viajes pinten á los *lazzaroni* con todas sus antiguas cualidades, y algunas otras que nunca tuvieron y les conceden á su arbitrio, es lo cierto que son en la actualidad un tipo perdido, como los *manolos* y *chisperos* de Madrid debieran serlo para los escritores traspirenaicos, que todavia los consideran como existentes, con general aplauso de sus compatriotas y admiracion de cuantos conociendo la España en su estado actual, ven descripciones tan estravagantes hechas con la mayor formalidad.

DIONISIO CHAULIÉ.

VALENCIA EN EL MES DE MAYO DE 1867.

FIESTAS DEL CENTENARIO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Hay en España en las playas del Mediterráneo, una ciudad cuyas azuladas olas embalsama el delicioso aroma de azahar, de bosques de granados, naranjos y limoneros, ceñida de arabescos muros, cuyos encantos jamás puede olvidar el que una sola vez la ha visto, cuyo recuerdo es siempre el recuerdo del pesar de no estar en ella.

Esta ciudad es la patria del Cid Campeador, esa colosal figura de nuestra historia en la Edad Media, es Valencia, la deliciosa capital de los árabes, en la que si no dejaron una Alhambra como en Granada, ni una mezquita como en Córdoba, dejaron por do quiera impreso en ella el sello de su civilizacion y los progresos en la agricultura, que no ha sido dable aun en nuestro siglo superar. En este pais, en donde todavia se respira un cierto perfume árabe, el pueblo es esencialmente devoto de la Virgen. Su imagen se ve á la entrada de muchas poblaciones, en las calles, en las fuentes y hasta en medio de los bosques de naranjos por donde cruzan sus caminos.

Valencia tiene muchas iglesias consagradas á la Madre del Redentor del mundo, además de su magnífica catedral dedicada á María por Jaime I, el Conquistador, en la restauracion definitiva de Valencia, en 1238; pero la principal es la consagrada á Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de la ciudad.

En este mes de mayo de 1867 va á celebrar Valencia magníficas y suntuosas fiestas en honor del segundo centenario de la aparición de la imagen de su predilecta patrona. Hace mas de seis meses que viene renovándose, digámoslo así, la ciudad para estas fiestas seculares. Se han revocado la mayor parte de sus edificios, se han reunido los gremios para inventar fiestas, y su festiva imaginación ha ideado cuantos espectáculos puedan entretener y divertir á los moradores de la ciudad y los millares de forasteros que de todas partes acudirán á aquella ciudad engalanada que nada omite por festejar á su inmaculada patrona. Hasta se ha abierto con grandes premios una justa literaria, invitando á que todos los ingenios celebren con inspirada poesía en lengua castellana y lemosina la aparición en aquel afortunado país de la imagen de la Virgen de los Desamparados.

Hermosa y bella es la historia de esa aparición, que vamos á contar á nuestros lectores.

Con la historia en la mano, llevaremos de siglo en siglo á nuestros lectores á contemplar como fué estableciéndose, desarrollándose y creciendo hasta el religioso entusiasmo de que hoy se halla poseída Valencia por el culto de su Santísima patrona, cuyas fiestas seculares celebran con desusada pompa y esplendente magnificencia.

Hay en Valencia una cofradía que escita el mas alto interés y que es digna de estudio. Tiene por objeto recoger los niños desamparados, que en Valencia llaman los *Faltos*; cuidar de los enfermos y transportar los muertos que se encuentran abandonados en la ciudad y en el campo en el ródio de una legua, á su última morada.

El visitar los enfermos es una obra de caridad cristiana muy conocida, pero en ninguna parte se ejerce con las mismas condiciones que en Valencia por esta cofradía.

Hay un enfermo en la ciudad ó en el campo á una legua de Valencia, la cofradía de los Desamparados envía cuatro de sus hermanos á la cabecera del lecho del enfermo. Hay un cadáver abandonado en el campo, cuatro hermanos de los Desamparados van á aquel punto y cargan sobre sus hombros un féretro y lo conducen á darle sepultura religiosa.

Esta sociedad de los Desamparados cuenta con numerosos hermanos, con personas de la mas alta categoría, con jóvenes que se encuentran en los teatros, en los mas aristocráticos salones. Sus miembros pertenecen además á todas las clases de la sociedad: los condes, los marqueses, los duques, los opulentos propietarios se rozan allí con los humildes artesanos y confundidos asisten á las reuniones y ejercicios de esta cofradía. Los Desamparados es una república que ha atravesado así sin alteración cuatro siglos y medio. La religión la ha inspirado, pero la causa impulsiva para ciertos miembros, proviene tanto de sentimiento de patriotismo como de espíritu religioso.

Unos se alistan en la cofradía por piedad, otros por caridad, muchos por una necesidad de abnegación humana, ó mas bien virtud cívica. El que no tiene ocasión de consagrar su tiempo y su vida á su patria, lo da y lo consagra á los enfermos y á los muertos. ¿Cómo desesperar del porvenir de una nación en donde viven y se reproducen semejantes actos, y donde crecen semejantes sentimientos?

En la sociedad de los Desamparados, el duque deja á la puerta su título, y su hombro lleva el peso de un atahud como el hombro de un robusto artesano: el elegante se quita sus guantes para cuidar y lavar á un niño ó á un anciano asqueroso, se instala á la cabecera del enfermo, le

administra los remedios, le procura los recursos cristianos, y mas tarde cumplirá con él los últimos deberes religiosos. A donde quiera que mira el desamparo, ora en los hospitales, ora en las cárceles, y hasta al pie del mismo patíbulo, allí acudirá á derramar los tesoros de la caridad.

V sin embargo, hay espíritus degradados que han encontrado en esto materia para indignos sarcasmos: es porque no han comprendido el sentimiento profundo, el valor de estas tres palabras: ¡Vida, muerte, eternidad!!!

Esta cofradía de heroicos apóstoles remonta su origen al principio del siglo XV. El 24 de febrero de 1409 al ir á predicar en la catedral el beato fray Juan Gilaberto Jofré, encontró una porción de muchachos que perseguían é insultaban á un infeliz demente. De esto tomó motivo para exhortar á los habitantes de la ciudad de Valencia con la elocuencia de su palabra y el espíritu de Dios, de que se hallaba dominado, á mirar con compasión aquellos infelices, que trastornada su razón, se hallaban abandonados de todos, vagaban por sus calles objeto del público ludibrio y diversion de los ociosos.

No fueron estériles sus palabras en una ciudad tan cristiana como Valencia. Uno de sus ciudadanos, Lorenzo Salom, reunió á nueve amigos suyos, é hicieron voto de obligarse á trabajar en todas partes gratuitamente al servicio de los niños desamparados que vagaban por la ciudad, al cuidado de los dementes y á fundar un asilo donde pudieran recoger los pobres peregrinos y pasajeros que hacían tránsito por aquella ciudad, pidiendo y recogiendo limosnas de los fieles.

Aquellos diez mendigos voluntarios, algunos de los cuales habían vivido en las comodidades de su casa, cubiertos de un grosero saco, se condenaron á mendigar para los desamparados de puerta en puerta, y fué tal el celo con que se consagraron á su misión de caridad, que llegaron á reunir en breve tiempo lo necesario para fundar un hospicio, en términos que en el mismo año en que habían concebido el santo proyecto, el rey de Aragón, don Martín I, á quien la historia ha dado el nombre de Humano, se declaró protector de aquella hermandad: contribuyó con crecidas cantidades y dió privilegio para su establecimiento en 29 de noviembre del mismo 1409.

El papa Benedicto XIII, que era también valenciano, en 20 de febrero del año siguiente, espidió, cuando se hallaba en Barcelona, una bula para que pudiesen erigir una capilla y un cementerio en la casa y huerta que había comprado Solom y sus nueve piadosos compañeros junto á la puerta que entonces se llamaba del Torrent, y que después recibió el nombre de los Inocentes, porque á aquel hospicio se le puso el nombre de Spital de Nostra Dona Santa Maria dels Innocents.

El ejemplo de los diez primeros fundadores y el pronto resultado de su celo, escitó á otras muchas personas piadosas á unirse á ellos, y en 1413 se formó ya bajo la advocación de Nuestra Señora de los Inocentes una numerosa cofradía, que adquirió nuevos y grandes privilegios de los reyes don Fernando I en 1414, ese rey, gloria de la corona de Aragón, que debió al voto de San Vicente Ferrer en el célebre Compromiso de Caspe, siendo infante de Castilla: y en 1416 de su hijo don Alonso V, padre de don Fernando el Católico, en quien para siempre debían reunirse las coronas de Castilla y de Aragón, y constituirse la gran monarquía española.

La cofradía no se limitó ya solo al amparo de los niños abandonados, y á recoger los dementes, sino que ensan-

chando el círculo de su caridad se consagró á recoger los cadáveres que se encontraban desamparados en la ciudad y á una legua de su radio. Asistía con santa caridad á los reos condenados á muerte prodigándoles los socorros corporales y espirituales y dando sepultura despues á sus huesos, quitándoles de las horcas donde la bárbara costumbre de aquella época los dejaba pendientes hasta el día de San Matías apóstol, en que con gran solemnidad los recogía la cofradía para sepultarlos en su ermita.

Trataron los cofrades de colocar su cofradía bajo el amparo de María, la Madre de los afligidos, á cuyo consuelo se habian consagrado, y acudieron al beato fray Juan Gilaberto Jofré, á cuya predicacion se habia debido el establecimiento de esta cofradía, que tan célebre debia ser en los siglos venideros, rogándole les proporcionase una imagen ó retrato de la Virgen para constituir la por su patrona, y darle culto en la iglesia de su hospicio.

Ocupábase el bienaventurado padre Jofré en buscar una imagen de María, que llenase los piadosos deseos de la cofradía de los Inocentes, cuando de un modo milagroso se le proporcionó Dios, según consta de una piadosa y nunca desmentida tradicion: de los documentos contemporáneos de aquella época; del monumento levantado á la Virgen de los Desamparados en la plaza Mayor de Valencia, y de la tierna devoción que hace cuatro siglos y medio profesa, no solo aquella ciudad que la ha declarado su Patrona, sino todas las del reino, y de la aprobacion de la Sede Apostólica, que concedió un rezo y oficio propio y particular á esta Virgen, el cual no solo rigió en todo el arzobispado de Valencia sino que se ha extendido al obispado de Tortosa.

En el año de 1414, llegaron un día en traje de peregrinos tres jóvenes á la casa destinada por la cofradía para recogerlos. El hermano cofrade que vivía en la misma casa, tenía en ella á su mujer que se hallaba ciega y tullida. Recibió el hermano á los tres peregrinos con el piadoso afecto con que diariamente allí acogía á cuantos se presentaban á pedir hospitalidad. Durante su conversacion le manifestaron los desconocidos que eran tres escultores y le ofrecieron hacer una imagen de la Virgen que llenase los deseos de la piadosa cofradía, en el término de tres días, siempre que les diesen un sitio apartado para trabajar; que nadie durante este tiempo fuese á registrar aquel punto ni á interrumpirlos.

Admitida la generosa oferta, no sin haberlo consultado antes con el padre Jofré, colocaron á los tres misteriosos artistas en el sitio llamado la Ermita, frente á la puerta de la iglesia del actual hospital general, que entonces era uno de los huertos de la cofradía, y habiendo el mismo padre Jofré llevádoles todos los materiales necesarios para su obra, y la comida suficiente para los tres días, nadie se acercó á la ermita. Al cuarto día, como no se oía ni el menor ruido en ella, ni aparecieron los peregrinos y la puerta permaneciese siempre cerrada, el hermano que cuidaba del hospicio llamó repetidas veces y nadie le contestó.

Entonces á los ruegos con que su mujer ciega y tullida, que habia concebido grandes esperanzas al oír la prodigiosa propuesta que tres días antes hicieron los misteriosos peregrinos, instó á su marido, éste habiendo llamado al padre Jofré y venido algunos otros hermanos atraídos por la curiosidad del suceso, forzaron la puerta y encontraron solo una hermosísima imagen de María.

La bellísima escultura de la Virgen y del Niño unida á la desaparicion de los artifices les hizo mirar la obra como un milagro y calificar á los escultores peregrinos de ángeles.

Creció de todo punto esta persuasion al ver que la mujer del hermano encargado del hospicio que se habia hecho llevar allí á impulsos de su fé ó de su curiosidad, recobró repentinamente la vista, y sus miembros la agilidad de que se habia visto privada por tantos años.

El célebre pintor murciano Pedro Orrente, en un magnífico lienzo de grandes dimensiones que existe en la capilla actual de la Virgen, junto á la puerta llamada de los Capítulos, reprodujo esta piadosa memoria en el año de 1633, con la misma destreza y valentía de pincel, que le valieron el honor de que cuando en 1808 invadieron los franceses la España y con sacrilega mano arrebataron las mas preciosas obras del arte, para enriquecer el museo de Napoleon en el Louvre, fuesen llevados sus cuadros á Paris, que solo volvieron á España en virtud de los tratados de 1815.

Grande fué el entusiasmo religioso que escitó en Valencia la milagrosa imagen de la Virgen, á quien se dió el título de Nuestra Señora de los Desamparados, como el mas análogo á las obras piadosas de la hermandad de que de un modo tan singular habia querido constituirse protectora.

La santa imagen estuvo algunos años en la misma ermita, en donde es piadosa tradicion fué trabajada por los ángeles; pero los continuos milagros que obraba el Señor por su poderosa intercesion, llamaron de tal modo la atencion, que ya en el tiempo de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, en el año de 1489, el cabildo de la iglesia catedral dió una capilla practicada en el muro de aquella santa iglesia, para que fuese adorada públicamente.

Aquel sitio no correspondia, ni á lo milagroso de la imagen, ni á la celebridad de sus continuados milagros, ni á la ardiente devoción del pueblo de Valencia, que apenas tenia espacio para postrarse ante el altar de su Virgen predilecta, la que un día en su agradecimiento debia proclamar por su Patrona y de todo su reino.

El virey de Valencia don Federico de Coloma, gran condestable de Nápoles, varon tan eminente por su valor como por su piedad cristiana, fiel intérprete del pueblo valenciano, promovió la idea de labrar una capilla suntuosa, propia donde se tributase culto á tan milagrosa imagen. No duró su mando el tiempo necesario para que viese realizados sus piadosos deseos.

Habiendo sido atacado en 1646, el virey conde de Oropesa de la terrible peste que alligó á la ciudad de Valencia, acudió á la proteccion de la Virgen de los Desamparados, y esta ciudad contra todo cuanto físicamente podia esperarse del curso de la enfermedad que devastaba al mismo tiempo otros reinos de España en el reinado de Felipe IV, cambió los gemidos y sus gritos de alarma en cánticos de alegría, y de todas partes se dirigieron justas acciones de gracias á la Virgen de los Desamparados, y se trató de erigir á tan poderosa protectora un santuario propio y digno de su grandeza.

Con eficaz empeño removié el agradecido virey los obstáculos que pudieran oponerse á la construccion del nuevo templo. Habia que derribar las casas del arcedianato mayor de Valencia; y la cofradía de la Virgen de los Desamparados, ya entonces bastante rica, cedió á dicha dignidad otras casas que poseía frente al Miguelete, abonó una cuantiosa cantidad además, y al fin logró el 15 de junio de 1652, se pusiese la primera piedra del monumento algo tardío que iba á levantarse á la Virgen de los Desamparados.

Quince años costó al tiempo, y cuantiosas sumas al pue-

blo de Valencia y á la cofradía de los Desamparados la construcción del templo en que hoy se adora la Virgen, templo construido bajo la dirección del entendido maestro arquitecto Diego Martínez Ponce de Urrano. El año de 1667 quedó completamente terminado.

El 18 de marzo, reunidos en el Consistorio los jurados de la ciudad de Valencia, el cabildo eclesiástico con el arzobispo á la cabeza y los principales ciudadanos de Valencia, aclamaron por patrona de la ciudad y de todo el reino de Valencia á la Virgen de los Desamparados, siendo llevada su milagrosa imagen en triunfo á su nuevo templo, y estableciéndose para lo sucesivo, que el domingo segundo de mayo, en cuyo día rezan todas las iglesias de Valencia el oficio propio de esta prodigiosa imagen, fuese conducida en procesion general por las calles mas principales de la ciudad.

El templo de Nuestra Señora de los Desamparados, es el templo mas concurrido de Valencia.

El hombre curioso y amante de estudiar las costumbres del país que recorre: el hombre de ardiente fé debe una peregrinacion á la iglesia de los Desamparados. La expresion de Peregrinacion es apropiada, porque en Valencia se le tiene igual veneracion cual si fuese la casa propia de la Virgen.

Este templo situado en la plaza Mayor, presenta un bello aspecto por lo elegante y bien entendido de sus proporciones. Tiene tres fachadas. La principal, está en la plaza Mayor; tiene dos puertas, con arcos, columnas y pilastras dóricas y otras de orden jónico, que llegan hasta la altura de la cornisa: frontispicios triangulares, quebrados, un friso, y tres balcones adornados de columnitas tambien del orden dórico.

Tiene una hermosa media naranja que termina en una elegante linterna, sobre la que se ostenta la cruz de bronce con que remata el edificio. Las otras dos fachadas dan á la catedral, en donde hay un arco para pasar del uno al otro templo; y á la calle de la Leña, ambas fachadas idénticas á la principal, y su construcción de piedra y de ladrillo.

El interior de este gracioso templo es un óvalo perfecto, cuatro arcos y otras tantas portadas de orden jónico, subiéndolo hasta la cornisa del segundo cuerpo, pilastras de mármol de orden corintio. Sobre la del primero sobresalen siete tribunas con barandillas doradas con columnas de jaspe de orden compuesto, y sobre ellas ventanas al arranque de la media naranja que cierra el edificio. Esta bóveda está magníficamente pintada al fresco por don Antonio Palomino.

En el reinado de Carlos III, en 1765, la cofradía aumentó los adornos del templo y confió al arquitecto don Vicente Gasco el pavimento del mismo, que es todo de ricos mármoles traídos de Génova. El altar en que se colocó la imagen de la Virgen cuando fué declarada Patrona de Valencia y se abrió por primera vez su templo, permaneció hasta el año de 1818, en que fué sustituido por otro mas rico, compuesto de dos columnas de jaspe con pilastras y contrapilastras de orden corintio, que reciben los arcos y en el centro el nicho.

Fuera de la mesa del altar, sobre un zócalo tambien de mármol, descansa el tabernáculo formado con cuatro columnas corintias de mas de una vara de alto. La mesa de altar, como las figuras alegóricas de los cuatro evangelistas que la sostienen, el tabernáculo y lo demás accesorios, todo es de precioso mármol blanco de Génova. A los lados están las estatuas de los dos Vicentes, el mártir insigne de

Huesca, y el hijo y patrono de Valencia, obra de los escultores valencianos Esteve y Domingo. El presbiterio se halla cerrado por una magnífica balaustrada de bronce.

La imagen de la Virgen está en un suntuoso camarín, al que se sube por la sacristía por una ancha y cómoda escalera. Una sala cuadrada, cuyo pavimento es de mármol de Génova y en que doce columnas de mármol buscaron el orden corintio, sostienen una hermosa cúpula, obra del arquitecto don Vicente Marzo, da entrada al camarín.

La santa imagen está dentro del nicho que da á la iglesia, sobre un trono de nubes de plata, que figuran sostener dos ángeles del mismo metal.

La altura de la Virgen es de seis palmos y cuarta y su rostro y el del divino Niño hermosísimos. Tiene la cabeza inclinada hácia la tierra, en la mano izquierda sostiene el Niño, y en la derecha, que está con todo el brazo estendido hácia el suelo, lleva un ramo de azucenas de plata, ramo á que la tradicion atribuye una gran intervencion en los milagros de la Virgen.

La materia de que está fabricada la imagen no se ha podido averiguar con certeza cual sea, por mas que la devoción y la curiosidad artistica lo ha intentado. Tiene la santa imagen una gran corona de forma persiana, cuajada de brillantes, perlas, rubies y costosísima pedrería. Las tónicas y muchos mantos que tiene, son riquísimos y primorosamente labrados. Preciosísimas alhajas, espléndidas dádivas de la piedad y devoción de los reyes de España, cubren la imagen de la Virgen y del Niño Jesus.

Su tesoro es riquísimo y de los que mas han padecido en estos calamitosos tiempos.

La reina Isabel II al visitar en el año 1859 la ciudad de Valencia, estuvo en el templo de la Virgen de los Desamparados con su augusto esposo el rey don Francisco, y puso bajo el amparo de esta milagrosa imagen de la Madre de Dios á su tierno hijo el principe de Asturias don Alfonso, y no dejó ni un solo día de los que estuvo en la hermosa ciudad del Cid, sin visitar el templo de la Virgen de los Desamparados, poniendo por su propia mano en el pecho de la milagrosa imagen, alhajas cuyo valor se calcula en cerca de un millón de reales.

No se puede sin una profunda emocion hollar las sonoras losas del rico mármol de la iglesia de los Desamparados, ni vagar bajo sus cuatro arcos bruñidos, bajo aquella magnífica bóveda pintada por Palomino, donde el ruido de los pasos produce un religioso murmullo.

¡Cómo, sin un estremecimiento de veneracion profunda verse uno rodeado de testimonios de milagros con que el agradecimiento y la piedad cristiana ha adornado aquellas brillantes paredes! Al recorrer solo al declinar el día aquel ovalado templo y contemplar resplandeciente, con la luz que arrojan los ricos adornos, la prodigiosa imagen, parece hallarse uno fuera del mundo. La imaginacion como suspendida entre las dos vidas, se cree en la patria de las almas, ante el trono de Maria en la eternidad!...

No consienten los estrechos límites que nos hemos trazado en nuestra obra, ni aun la simple enumeracion de los muchos milagros debidamente comprobados de esta prodigiosa imagen.

Atribuye una constante tradicion de muy antiguo haberse observado diferentes veces que la prodigiosa imagen, en cuya mano derecha tiene una azucena, la ha inclinado ya á la derecha, ya á la izquierda, sirviendo esta señal para que los hermanos de su cofradía tuviesen una indicacion de que hacia aquel lado habia algun cadáver